

Fragmento de *Findom*

La presencia de Salma lo llevaba a descubrir su casa, una casa dentro de otra, una casa en la que no había reparado, una casa nueva pese a ser la misma, hasta su llegada. ¿Cómo era posible? ¿Era él quien había revertido, mal dispuesto, lo que tan solo unos meses atrás mantenía Leandra en su sitio sin que él fuera consciente? Llegado este punto, fruto de su empeñamiento en permanecer solo, en aislarse, sería mejor decir, ¿había alcanzado un estado de degradación al que era ciego pero que Salma, con cuidado y sin condescendencia, se disponía a restablecer? Salma, ya en los primeros días, dictaminó con diligencia una nueva ubicación para vasos y platos y ollas. ¿No habían estado siempre así? ¿No había sido esa la organización en que se habían mantenido siempre? Por momentos dudaba y aún más desde su llegada, pues la organización de tantos años, hasta el divorcio, se veía ahora revertida por las consideraciones de la nueva persona de asistencia doméstica. Nadie parecía extrañar a Leandra.

¿Por qué había preferido irse también? Un abandono redoblado, al cuadrado, se decía, o en mayor potencia incluso si atendía a que Sara y Pietro pasaban muchas noches fuera de casa, con su madre o a saber dónde, como si se alinearan con las motivaciones de su ex, o la vieran más débil y necesitada de protección, de amparo, siempre lo había buscado, o simplemente era conveniencia propia la de vivir más cerca del centro y no en esta casa inmensa que ahora, después de tantos meses, le parece doblemente una extraña, como si se hubiera revelado distinta de la que había sido hasta entonces, dispar en mayor medida desde la llegada de Salma, que, poco a poco, ha recompuesto lo que él, sin demasiada conciencia, ha desacomodado.

—¿Cordero real?! —¿era una exclamación o una pregunta? Con Sara nunca se sabía. ¿Se alegraba o era el preámbulo de una de sus tragedias cósmicas?

—Está buenísimo, papá —con Pietro no había dudas, sus expresiones eran tan puras como inequívocas—. Es carne, ¿no? ¿Abuela? El cordero es carne, ¿verdad?

El bocado se le deshizo a Javier en la boca en medio de una esencia aromática destilada, mínima pero sostenida, distinta de otras ocasiones en que también lo había comido, como si algo hubiera devorado la hedentina propia de una carne de sabor tan intenso.

—Es una gelatina, ¡qué delicia! —apuntaló papá.

Javier había asistido a la preparación de la pieza con escepticismo. No entendía que Salma hubiera dejado el cordero en una bandeja durante tanto rato a la intemperie, sin protegerlo, expuesto a una temperatura que consideraba inapropiada. Tentado estuvo de volver a meterlo en la nevera, al ver que ella seguía enfrascada en otras tareas, sin prestarle atención. Javier se acercó en varias ocasiones, acercaba la nariz a la carne, de un rosa nacarado, intenso, casi angelical. El olor, más fresco al principio, había adquirido un matiz acre. ¿O solo era su imaginación? Mejor no acercar, le advertía ella con su voz apagada pero firme. Javier se retiraba escéptico, incrédulo también, afligido porque la carne, que tan cara le había salido, no se echara a perder antes de asarla. Al rato, vio a Salma secarla cuidadosamente de la exudación liberada con papel grueso de cocina. Después, afiló el cuchillo de punta más fina y la estoqueó, con cuidado pero con fuerza, para retirar con los dedos la membrana que cubría la carne. Las manos, precisas, retiraron el corsé a cada una de las piezas y luego, con un hilo o cuerda fina que Javier no supo de dónde la había sacado, tras haber segmentado el costillar completo, estranguló las costillas y retiró la grasa una por una para dejarlas limpias como el tridente de Poseidón. La pieza se mostró exuberante, como recién coronada, para sumergirla en un preparado a base de cítricos, romero, aceite, un poco de vinagre, vino tinto, sal, pimienta y mostaza que removía a conciencia. El problema vino después:

—¿Has comprado el koji?

Aún no ha entendido Javier cómo consigue Salma tal orden y perfección, tanta diligencia. La ve siempre desganada o triste, ya le pareció que le faltaba energía la mañana en que llegó para la prueba, con su voz mínima, rasgada, sin timbrar. Le pareció, por la postura y el gesto, la de una persona exangüe, carente de la fuerza necesaria para hacerse cargo de una casa grande aunque solo la ocupe él, y a medias sus hijos. Una casa que parece redimensionarse con los días, expandirse como un universo que, de pronto, se deja ver, observar, inflamarse. Apenas unas semanas habían bastado desde que la casa quedara huérfana de cuidados durante no pocos meses y, sin embargo, Salma no puso objeción pese al evidente caos. Había tratado Javier de minimizarlo ante su inminente llegada, una vez aceptado el servicio que habría de sacarlo del ostracismo en el que había caído. Se había dedicado el día entero a limpiar “lo más gordo”, se dijo: barrer el suelo, guardar la mucha ropa en los cajones, sin saber si ya estaba limpia —camisas que quizá había usado y habían quedado junto a otras sin planchar, amontonadas sobre uno de los sillones—. De la nevera extrajo lo que consideró que no estaba ya en buenas condiciones, pensó en que debería hacer un nuevo pedido. Las reservas estaban en las últimas. Lo importante: borrar las huellas del desastre. Muchos días a base de latas, bolsas de patatas, un poco de fruta y no poca cerveza. Reacomodó los libros que ya no leería; guardó como le pareció la ropa, limpia o dudosamente limpia, en los

armarios; elaboró una lista de lo que debería comprar para la semana y, de repente, pensó en que no había evaluado si la nueva asistente tendría el instrumental y enseres necesarios para sus cometidos, ya que no había revisado los fungibles del repositorio. La misma mañana de la llegada de Salma, aún estuvo un rato quitando trastos de enmedio, cualquier cosa le parecía fuera de lugar cuando no hacía tanto no reparaba en el azaroso acomodo de cuanto lo rodeaba. Salma apareció puntual, exactamente a las ocho y media de la mañana.

Nada más entrar por la puerta, se quitó los zapatos, los dejó a un lado, sacó de su mochila unas zapatillas impolutas, se ajustó el pañuelo, preguntó dónde podía dejar la bolsa y a qué hora era conveniente que parase para almorzar. A Javier le impactó la blandura de los ojos, las bolsas oscuras sobre las que descansaban los dos globos pajizos con un aire de abatimiento; le hizo presagiar falta de motivación para iniciar la jornada de prueba. Pensó en ese momento que no necesitaba más tristeza en su vida. Ella lo siguió hasta la galería en la que guardaban los enseres para las tareas domésticas, le mostró el arsenal, evaluaron si faltaban productos o herramientas, ella hizo breves comentarios sobre la adecuación del avituallamiento y que no importaba que no dispusiera de vinagre de limpieza. Javier enarcó las cejas ante el descubrimiento. Le hizo un tour por la casa y ya en ese primer recorrido, sintió que la presencia de Salma a su espalda lo incomodaba. Le iba mostrando las estancias y dando explicaciones innecesarias que no podía reprimir. Ella permanecía en silencio, atenta, solícita, como si el recorrido la llevase a tomar nota mental de por dónde debía empezar, a qué debía dar prioridad y de qué forma se organizaría. ¿Mujer? Preguntó ella. No está, le dijo él. ¿Más tarde? No. Más tarde tampoco. Ella guardó silencio unos instantes y dijo que empezaría por la cocina.

—Por el amor de Dios, papá. Pero ¿cómo te has atrevido? ¿de dónde lo has sacado?

—Bueno, Sara, no hagas un drama ahora, mucha gente, si puede, se salta las normas y no pasa nada.

—Es un cordero excelente, desde luego —insistió el abuelo—. Y nosotros deberíamos aprovechar la oportunidad de saborearlo; en lo sucesivo, no será difícil, será im-po-si-ble que volvamos a comer cordero.

—Bueno, ni cordero ni nada que se asemeje a comida.

—¿Y no podrías haber comprado cordero cultivado, como siempre? —protestó Sara antes de levantarse de la mesa para ir directamente al baño.

Mientras masticaba el crujiente del sellado y la jugosidad de la pulpa, Javier volvió a pensar en la membrana que Salma había retirado de las costillas, en aquella película que él ni siquiera había visto hasta que ella la había hecho aparecer bajo el filo del cuchillo. El registro

de sabores le evocó, de repente, la emulsión en la que sumergió el cordero antes de cocinarlo, cuando ya pensaba que lo había echado a perder.

—¿Has comprado el koji?—le repitió.

—¿El koji?

—Ehh, sí, lo compré —hacía varios días y Javier lo había olvidado por completo—. Creo que lo dejé en la despensa. ¿Te lo traigo?

—¿En la despensa? Desde cuando.

—No sé, desde que lo compré.

—Mueve esto. Despacio.

Salma lo dejó a cargo de mezclar suavemente la emulsión de aromáticas, y él, desconcertado por la reacción —había salido a toda prisa diciendo algo entre dientes que no llegó a comprender—, trató de emular los movimientos que, hasta ese momento, ella guiaba con parsimonia, dibujando un ocho tras otro para insuflar aire a la mezcla, de forma paulatina, secuenciada, sin interrupciones. Una ola de calor le subió desde los pies. ¿No era en la despensa donde debía guardar el koji?